

Romance de la tarde lluviosa

A Luis Lauzet

El cielo se deshilacha
sobre el campo, y la alameda
se acurruca al horizonte
desteñido por la niebla.

Los ovillos cenicientos
de los gorriones, enredan
bajo los sauces dormidos
sus musicales madejas.

Ciegos y sordos los pasos,
la mirada cenicienta,
todo se nos difumina,
sorda está la tarde entera.

El viento lame las manos
con la escarcha de su lengua.
La acequia ya no es de vidrio,
sino de pálida greda,
por eso al rodar no brilla
ni canta ni se despeña.

Ciegos están los caminos,
ausentes lomas y sierras.
No pueden cantar los pájaros
la ennoblecida tristeza.

El color gris nos alude
el alma llena de niebla,
que es del color del paisaje:
honda por dentro y por fuera.

Todo percute hacia adentro,
adentro todo resuena,
hasta el dolor que tuvimos
en la primer primavera.

Como están sordos los aires,
como la tarde está ciega,
los caminos se han dormido,
las calandrias están muertas.